



C O L U M N A

Lo fortuito

The fortuitous

O fortuito

<https://doi.org/10.46856/grp.22.e092>

Date received: August 5 / 2021
Date acceptance: August 28 / 2021
Date published: September 15/ 2021

Cite as: Palacios A. Lo fortuito [Internet]. Global Rheumatology. Vol 2 / Jul - Dic [2021]. Available from: <https://doi.org/10.46856/grp.22.e092>



COLUMNA

Lo fortuito

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Cuando ingresó a la facultad, cubierto de una nube de promesas, se hablaba del cometido, la devoción, y se subrayaba el desinterés en la práctica de la Medicina. Ritos de paso y pruebas de resistencia aparte, el juramento hipocrático coronaba tal esfuerzo y auguraba una vida de recompensas afectivas y prestigio."

Cae la segunda nevada de la temporada. La escarcha adorna el borde de la ventana que descubre el jardín en penumbra. Los nudos de ambas manos se crispan en torno a la taza de café. Se ha tomado un descanso, huyendo del quirófano, el olor a sangre y éter.

No pudo salvar a su paciente –hemorragia subaracnoidea que se complicó hora tras hora– y mira desangelado las ramas secas que se van poblando de cristales.

Conoce la mecánica: lo llamará la Jefatura de Cirugía en tono amable, pero acusatorio, después el Comité de Ética emitirá su veredicto y, por último, sus estadísticas acusarán un descenso en credibilidad y eficiencia.

–Así son las cosas–, se repite entre dientes, haciendo acopio de entereza para enfrentar a los familiares.

Cuando ingresó a la facultad, cubierto de una nube de promesas, se hablaba del cometido, la devoción, y se subrayaba el desinterés en la práctica de la Medicina. Ritos de paso y pruebas de resistencia aparte, el juramento hipocrático coronaba tal esfuerzo y auguraba una vida de recompensas afectivas y prestigio.

Por supuesto que habría dinero y comodidades, pero entendido como un mal necesario ante la renunciación y la entrega al sacerdocio. Las lisonjas y los destellos curriculares lo amparaban todo. Caminaba como ungido por un aura de ingenuidad y sabiduría; los caminos abiertos, las raíces firmes y las alas prestas. El tiempo se encargó de desmentirlo.

Primero fue la competencia. Despuntó como una rivalidad entre hermanos, aquel que estudiaba más recibía los honores, pero no necesariamente era el más diestro con los lazos y puntadas. Años de afán y sacrificio separaron a los débiles y oportunistas. Quedaron los indomables, trazados por el látigo de la persistencia y la tiranía de su determinación. Pero la habilidad se transformó en malicia y la rivalidad en desconfianza. Cada vez más solos, terminaron la residencia y se dieron la espalda para siempre.

El desencuentro parecía justificado a la luz de los intereses creados y la formación de una familia, que requería enfoque y abandono. Pero en el fondo estaba la huella de la envidia, la traición, los resentimientos acumulados por las injusticias de los maestros, las cirugías fallidas, las curaciones de castigo y las guardias no remuneradas. Una sombra cabalgaba al lado de cada hidalgo triunfante.

Al fin el entrenamiento ejerció su inercia. Debutaba la cirugía estereotáxica, la integración de imágenes, las técnicas de hibridación y con ese bagaje se arrojó de lleno en la neurocirugía. Pasó las pruebas más exigentes y eligió un centro de batalla, donde operaría sin reposo. Se convirtió en un guerrero, al tiempo que fue perdiendo el cabello y el sentido del humor.

Su rigidez combinaba en acento con su dureza de espíritu y su frialdad antes los retos más minuciosos. Aprendió a vencer la muerte. Es más, a mofarse de ella en su cara con engreimiento y plenitud. Lo seguían los discípulos, lo bendecían los enfermos y las mujeres le tendían los brazos con arrobamiento.

Entonces llegó la dictadura de la epidemiología. Gradualmente se deslizó en los hospitales, requerida por las investigaciones: los trabajos de observación o de talento dejaron de tener vigencia, se acumulaban los errores y no había un recuento confiable de los resultados de las intervenciones.

Al comienzo fue una oficina marginal y los maestros en Salud Pública eran vistos con desdén, invasores estrafalarios en el concierto de los privilegiados. Pero subrepticamente se metieron en las aulas, presentaron sus diatribas en las discusiones de casos, orquestaron sus diseños y erigieron la estadística como Atenea, suprema entre los mortales.

La voz de los pacientes y el concilio con sus médicos dejó de hacerse relevante.

Los números impusieron su ley y todo cuanto tocaba, escuchaba u horadaba a un enfermo debía plegarse a la evidencia y a los desenlaces. Surgieron las guías, las validaciones y los terceros pagadores, porque había que administrar todo ese cúmulo inefable que antes se denominaba “salud”.

Los doctores devinieron en proveedores y los pacientes en clientes, acorde a las oscilaciones del mercado. Un buen proveedor recibiría prebendas, descuentos y otros estímulos materiales en la medida en que sus clientes se mostraron satisfechos.

Los nuevos reglamentos trajeron abogados, demandas para constreñir las decisiones y suspicacia ante todo. Las subespecialidades clínicas se hicieron indeseables, fue preferible hacer investigación o esconderse en las atalayas antes que interactuar y arriesgar la celebridad.

Vimos a los cirujanos mendigar en los umbrales de las compañías de seguros, clamar a gritos la desigualdad y el rezago de sus pagos. A los pediatras e internistas someterse a los esquemas de reembolso, tanto como despotricar por la indiferencia y la mezquindad. Y a los demás especialistas, lanza en ristre, acometer en todos los orificios y puertos de los enfermos para justificar sus actuaciones.

Vino así la verdadera crisis. Cada cliente se vindicó como una muesca en las campanas de Gauss o como un sujeto en el índice de eficacia terapéutica. La industria farmacéutica tomó las riendas de las cuadrigas desbocadas y puso orden con sus flamantes estándares, buenas prácticas y eventos adversos.

Presas de la vorágine de costos, los hospitales accedieron a todo el proceso normativo. Los centros de asistencia pública a la burocracia enervante y constrictiva, manipulada por los titiriteros de las administraciones y los estadígrafos. Las clínicas privadas por el balance del costo-beneficio, abultando los insumos y los servicios para satisfacer al empuje del mercado. Así, la Medicina se hizo dependiente de todas estas vendavales macroeconómicos al grado de que nadie salió ileso.

El cinismo de lo políticamente correcto se introdujo para atenuar el malestar en la cultura, herida de muerte por el recelo y la avaricia. En los pasillos hoy se habla de ética, atención esmerada, proveedores con credenciales, apego a las políticas sanitarias y a los esquemas universales. En tanto, los enfermos caminan solos, desconfiados, sin voces que escuchen o manos que consuelen. El desenlace manda, todos los actores son instrumentales.

Nuestro añoso galeno se incorpora. Abatido pero digno, camina despacio y vierte el café restante en el baño contiguo. Ha caído la noche y con ella su velo de silencio en el Health Science Center.

Anodino entre el camillero y la mujer de limpieza que pasan a su lado, deja una sombra efímera en los consultorios vacíos. Se recompone a la vista de la viuda que gime rodeada por sus hijos: habrá que comenzar de nuevo.

COLUMNS

The fortuitous

Alberto Palacios

Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"When he entered school, covered with a cloud of promises, there was talk of commitment, devotion, and disinterest in the practice of medicine was emphasized. Rites of passage and endurance tests aside, the Hippocratic oath crowned such an effort and foretold a life of affective rewards and prestige."

The second snowfall of the season. Frost adorns the edge of the window that reveals the garden in gloom. The knots in both hands twitch around the coffee cup. He has taken a break, fleeing the operating room, the smell of blood and ether.

He could not save his patient – subarachnoid hemorrhage that became more complicated hour after hour – and he looks forlornly at the dry branches that are becoming populated with crystals.

He knows the drill: the Chief of Surgery will call him in a friendly but accusatory tone, then the Ethics Committee will issue its verdict and, finally, his statistics will show a decline in credibility and efficiency.

–That's the way things are–, he mumbles to himself, summoning up the strength to face the relatives.

When he entered the faculty, shrouded in a cloud of promises, there was talk of commitment, devotion, and selflessness in the practice of medicine was emphasized. Rites of passage and endurance tests aside, the Hippocratic oath crowned such an endeavor and promised a life of affectionate rewards and prestige.

Of course there would be money and comforts, but understood as a necessary evil in the face of renunciation and surrender to the priesthood. Flattery and curricular flashes covered it all. He walked as if anointed by an aura of naivety and wisdom; the roads were open, roots firm and wings open. Time was in charge of denying it.

First there was the competition. It emerged as a sibling rivalry, the one who studied the most received the honors, but was not necessarily the most skillful with ties and stitches. Years of eagerness and sacrifice separated the weak and opportunists. The indomitable remained, drawn by the whip of persistence and the tyranny of their determination. But skill turned to malice and rivalry to distrust. Increasingly alone, they ended the residency and turned their backs on each other forever.

The falling out seemed justified in light of vested interests and the formation of a family, which required focus and abandonment. But in the background was the imprint of envy, betrayal, accumulated resentments over teacher injustices, failed surgeries, punishment cures and unpaid guardianships. A shadow rode beside each triumphant knight.

Finally, training exerted its inertia. Stereotactic surgery, image integration and hybridization techniques made their debut, and with this background he threw himself fully into neurosurgery. He passed the most demanding tests and chose a battle center, where he would operate without rest. He became a warrior, while losing his hair and his sense of humor.

His rigidity combined with his toughness of spirit and his coolness before the most thorough challenges. He learned to overcome death. Moreover, to mock it to its face with smugness and fullness. Disciples followed him, the sick blessed him and women held out their arms to him in rapture.

Then came the dictatorship of epidemiology. Gradually it crept into hospitals, required by research: observational or talent work ceased to be valid, errors accumulated and there was no reliable account of the results of interventions.

At first it was a marginal office and public health teachers were viewed with disdain, quirky invaders in the concert of the privileged. But surreptitiously they crept into classrooms, presented their diatribes in case discussions, orchestrated their designs, and erected statistics as Athena, supreme among mortals.

The voice of the patients and the council with their physicians ceased to be relevant. Numbers imposed their law and everything that touched, listened to or pierced a patient had to bow to the evidence and the outcomes.

Guidelines, validations and third-party payers emerged, because it was necessary to manage all that ineffable heap that used to be called “health”.

Doctors became providers and patients became customers, according to market fluctuations. A good provider would receive perks, discounts and other material incentives to the extent that his customers were satisfied.

The new regulations brought lawyers, lawsuits to constrain decisions, and suspicion of everything. Clinical subspecialties became undesirable, it was preferable to do research or hide in the watchtowers rather than interact and risk one’s prestige.

We saw surgeons beg on the doorsteps of insurance companies, crying out at the inequity and backlog of their payments. We saw pediatricians and internists submit to reimbursement schemes, as well as rant about indifference and pettiness. And all other specialists, spear at the ready, to attack all the orifices and ports of the sick to justify their actions.

Then came the real crisis. Every customer was vindicated as a notch in the Gaussian bells or as a subject in the therapeutic efficacy index. The pharmaceutical industry took the reins of the runaway chariots and brought order with its brand new standards, best practices and adverse events.

Caught up in the vortex of costs, hospitals acceded to the entire regulatory process. The public assistance centers to the enervating and constricting bureaucracy, manipulated by the puppeteers of the administrations and statisticians. Private clinics by the cost-benefit balance, bulking up supplies and services to satisfy the market drive. Thus, medicine became dependent on all these macroeconomic gales to the extent that no one was left unscathed.

The cynicism of political correctness was introduced to attenuate the malaise in the culture, mortally wounded by suspicion and greed. In the corridors today there is talk of ethics, careful attention, providers with credentials, adherence to health policies and universal schemes. Meanwhile, the sick walk alone, distrustful, without listening voices or comforting hands. The outcome rules, all the actors are instrumental.

Our elderly doctor joins in. Dejected but dignified, he walks slowly and pours the remaining coffee into the adjoining bathroom. Night has fallen and with it his veil of silence at the Health Science Center. Nondescript between the orderly and the cleaning woman who pass him by, he leaves a fleeting shadow in the empty consulting rooms. He pulls himself together at the sight of the widow moaning surrounded by her children: it will be necessary to start again.

COLUNA

O fortuito

Alberto Palacios

II Jefe del Departamento de Inmunología y Reumatología del Hospital de los Angeles Pedregal en CDMX, dr.apboix@icloud.com.

"Quando ele entrou na faculdade, envolto em uma nuvem de promessas, falou-se de compromisso, devoção e desinteresse na prática da medicina. Ritos de passagem e provas de resistência à parte, o juramento hipocrático coroou tal esforço e augurou uma vida de recompensas afetuosas e prestígio."

A segunda queda de neve da estação. A geada adorna a borda da janela, revelando o jardim em semiescuridão. Os nós em ambas as mãos giram ao redor da xícara de café. Ele fez uma pausa, fugindo da sala de cirurgia, o cheiro de sangue e éter.

Ele não conseguiu salvar seu paciente - uma hemorragia subaracnóidea que se agravou hora após hora - e olha sonhadoramente para os galhos secos que estão se tornando povoados por cristais.

Ele conhece a mecânica: o Chefe de Cirurgia o chamará num tom gentil mas acusatório, depois o Comitê de Ética emitirá seu veredicto e, finalmente, suas estatísticas mostrarão um declínio na credibilidade e na eficiência.

-É assim que as coisas são-, murmura para si mesmo, invocando a força para enfrentar aos parentes.

Quando ele entrou na faculdade, envolto em uma nuvem de promessas, falou-se de compromisso, devoção, e a ênfase foi no altruísmo na prática da medicina. Ritos de passagem e provas de resistência à parte, o juramento hipocrático coroou tal esforço e augurou uma vida de recompensas afetuosas e prestígio.

É claro que haveria dinheiro e conforto, mas entendido como um mal necessário diante da renúncia e dedicação ao sacerdócio. A lisonja e as flamejas curriculares cobriram tudo isso. Ele andou como se fosse ungido por uma aura de ingenuidade e sabedoria; seus caminhos se abrem, suas raízes firmes e suas asas prontas. O tempo tomou o cuidado de refutá-lo.

Primeiro houve a concorrência. Surgiu como uma rivalidade de irmãos, aquele que mais estudou recebeu as honras, mas não foi necessariamente o mais habilidoso com os laços e os pontos. Anos de trabalho duro e sacrifício separaram os fracos e oportunistas. Permaneceu o indomável, atraído pelo chicote da persistência e a tirania de sua determinação. Mas a habilidade se transformou em malícia e a rivalidade em desconfiança. Cada vez mais sozinhos, eles terminaram a residência e viraram as costas um para o outro para sempre.

A queda parecia justificada à luz de interesses adquiridos e da formação de uma família, o que exigia foco e abandono. Mas no fundo estava a impressão de inveja, traição, ressentimentos acumulados sobre as injustiças dos professores, cirurgias fracassadas, curas de punição e guardas não remunerados. Uma sombra montada ao lado de cada hidalgo triunfante.

Por fim, o treinamento exerceu sua inércia. Cirurgia estereotáxica, integração de imagens, técnicas de hibridização fizeram sua estreia, e com este pano de fundo ele se atirou de cabeça para a neurocirurgia. Ele passou nos testes mais exigentes e escolheu um centro de batalha, onde operaria sem descanso. Ele se tornou um guerreiro, enquanto perdia seu cabelo e seu senso de humor.

Sua rigidez combinada em acento com sua dureza de espírito e sua frieza diante dos desafios mais meticulosos. Ele aprendeu a superar a morte. De fato, para zombar dela com presunção e plenitude. Discípulos o seguiram, os doentes o abençoaram e as mulheres lhe estenderam os braços em êxtase.

Depois veio a ditadura da epidemiologia. Gradualmente, ele entrou nos hospitais, exigido pela pesquisa: o trabalho observacional ou de talentos não era mais relevante, os erros acumulados e não havia uma descrição confiável dos resultados das intervenções.

No início era um escritório marginal e os professores de saúde pública eram vistos com desdém, invadidos de maneira peculiar no concerto dos privilegiados. Mas, sub-repticiamente, eles se infiltraram nas salas de aula, apresentaram suas diatribes em discussões de casos, orquestraram seus desenhos e erigiram estatísticas como Athena, suprema entre os mortais.

A voz dos pacientes e o conselho com seus médicos deixou de ser relevante.

Os números impunham sua lei e tudo que tocava, ouvia ou furava um paciente tinha que se curvar diante das provas e do resultado. Diretrizes, validações e terceiros pagadores surgiram, porque todo aquele monte inefável que antes era chamado de "saúde" tinha que ser administrado.

Os médicos tornaram-se fornecedores e os pacientes tornaram-se clientes, de acordo com as flutuações do mercado. Um bom fornecedor receberia benefícios, descontos e outros incentivos materiais na medida em que seus clientes estivessem satisfeitos.

A nova regulamentação trouxe advogados, exigências para restringir as decisões e a suspeita de tudo. As subespecialidades clínicas tornaram-se indesejáveis, era preferível fazer pesquisas ou esconder-se nas torres de vigia em vez de interagir e arriscar a fama.

Vimos cirurgiões implorando às portas das seguradoras, gritando pela iniquidade e pelo atraso de seus pagamentos. Vimos pediatras e internistas se submeterem a esquemas de reembolso, bem como a indiferença e mesquinhez. E para os outros especialistas, lance no pronto, para atacar cada orifício e porto dos doentes para justificar suas ações.

Assim surgiu a verdadeira crise. Cada cliente foi justificado como um entalhe nos sinos gaussianos ou como um sujeito no índice de eficácia terapêutica. A indústria farmacêutica tomou as rédeas das carruagens em fuga e trouxe ordem com seus novíssimos padrões, melhores práticas e eventos adversos.

Presos no turbilhão de custos, os hospitais acederam a todo o processo de regulamentação. Centros de atendimento público à burocracia enervante e constrangedora, manipulados pelos marionetistas-mestres das administrações e estatísticos. Clínicas privadas pelo equilíbrio custo-benefício, aumentando o volume de suprimentos e serviços para satisfazer o impulso do mercado. Assim, a medicina tornou-se dependente de todos esses ventos macroeconômicos, a ponto de não deixar ninguém incólume.

O cinismo do politicamente correto foi introduzido para mitigar o mal-estar na cultura, mortalmente ferido pela suspeita e pela ganância. Hoje, nos corredores, fala-se de ética, cuidado, provedores credenciados, aderência a políticas de saúde e esquemas universais. Enquanto isso, os doentes caminham sozinhos, desconfiados, sem ouvir vozes ou mãos reconfortantes. As regras do resultado, todos os atores são instrumentais.

Nosso médico idoso se levanta. Desanimado, mas digno, ele caminha lentamente e derrama o café restante no banheiro adjacente. A noite caiu e com ela seu véu de silêncio no Health Science Center.

Sem descrição entre o arrumador e a faxineira que passa por ele, ele deixa uma sombra fugaz nos consultórios vazios. Ele se recompõe à vista da viúva gemendo, cercada por seus filhos: será preciso recomeçar tudo.